

NOVIEMBRE DE 1918

EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

NOVIEMBRE DE 1918
Una revolución alemana
Obra en tres partes

Primera parte
BURGUESES Y SOLDADOS

Segunda parte
VOL. I - EL PUEBLO TRAICIONADO
VOL. II - EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

Tercera parte
KARL Y ROSA

ALFRED DÖBLIN

Noviembre de 1918

EL REGRESO
DE LAS TROPAS
DEL FRENTE

Traducción de Carlos Fortea



Edhasa participa de la plataforma digital zonaedbooks.com.
Desde su página web (www.zonaedbooks.com)
podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.
En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo
de Edhasa comentado.

Título original: *November 1918 II -2. Heimkehr der Fronttruppen*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Fotografía de la cubierta: Prussian Soldiers WWI, de la web www.photobucket.com
por cortesía de KofSn1per.



La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut
fundado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas
Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Primera edición impresa: abril de 2013

Primera edición en e-book: septiembre de 2016

Originally published as: "November 1918 - Eine deutsche Revolution -
Heimkehr der Frontruppen (vol. 2-2)". First published 1948 by Karl Alber Verlag, München

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main 2008

© de la traducción: Carlos Fortea, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4623-7

Producido en España

Libro primero

En torno al 8 de diciembre de 1918

La Tierra tiene un lugar en la justicia

Woodrow Wilson

La «Alianza Goethe» y el último presidente del Reichstag abandonan su residencia, el cubo de la basura. El consejo de trabajadores intelectuales se reúne y los poetas cantan. Pero, a través del océano, viene Woodrow Wilson a poner fin al caos de Europa.

Historia contemporánea

El tiempo había sido aplicado a este mundo como una caja caliente, y lo impulsaba a expandirse y a dar de sí lo que llevaba dentro.

El mundo, bramando realidades, sudando hechos por mil sitios al mismo tiempo, no habría sido este mundo si no hubiera sacado a la luz, en confusión, figuras burlescas, trágicas y puras.

A principios de diciembre de 1918, el último presidente del Reichstag imperial, llamado Fehrenbach, se acercó anadeando con amanerada gravedad y dijo que, para reparar los males de aquella época, lo mejor era volver a convocar al viejo Reichstag. Era su opinión, y así la manifestó.

Su inquietud se trasladó a la llamada «Alianza Goethe», que antaño había luchado contra la censura teatral en la Alemania imperial. La «Alianza», que había virado al blanco verdoso, cubierto de moho, se animó, abandonó su residencia,

un montón de basura, y salió cojeando a la chillona luz del día. Después de haber pedido que disculparan el olor que exhalaban debido a las circunstancias, graznó que era opuesta a todo chovinismo, pero en la actual situación consideraría una indignidad que un teatro de Berlín pusiera en su programa una obra francesa «a no ser que tuviera un superior interés artístico».

Después de lo cual la «Alianza» volvió a retirarse a su residencia.

El consejo de trabajadores intelectuales organizó una gran concentración pública en las «Salas de ceremonia del Oeste». Seis oradores hablaron del «espíritu de la revolución». Finalmente, todos, oradores y público, se fueron a casa sumidos en la preocupación: no habían avanzado en sus objetivos.

Pero los poetas cantaron.

El pintor Meidner cantó:

«Poetas y ciegos cantores de las tabernas y mercados, de los bares, cabarets y tugurios.

»Y vosotros, que escribís tratadillos religiosos, poetas del Ejército de Salvación, hermanos moravos, cuáqueros, adventistas, sionistas, y vosotros, magníficos redactores de panfletos socialistas, alborotadores y anarquistas, cuyas creaciones deslizan los pobres al amanecer por debajo de las puertas de las habitaciones.

»Vosotros, que componéis manifiestos comunistas, marselesas e internacionales y, al menos durante media hora, superaréis la impotencia de las oscuras hordas con alegres relámpagos... y, finalmente, vosotros, que despreciáis el tiempo, vosotros, los auténticos poetas y humanos, vosotros, negadores de Dios de estos días, que actuáis solos y profundamente acongojados... A vosotros, los más fieles de todos, os envío mi saludo fraternal.»

El poeta Hasenclever:

«Del firmamento desciende el poeta nuevo / para acometer grandes y mayores acciones. / El poeta ya no sueña con azules bahías. / Ve alegres bandadas salir a caballo de las granjas. / Su pie holla los cadáveres de las gentes de mala fama. / Su cabeza se alza para acompañar a los pueblos. / Él será su líder. / Él anunciará la nueva. / La llama de su palabra se convertirá en música. / Él fundará la gran alianza de los pueblos. / El Derecho de la Humanidad. / La república.»

Johannes R. Becher:

«Desplome, derrumbe, azul. Ah, bombas, barricadas, fuego. Asaltad ahora, sitio, tumulto, tambores, rayos escupidos por ollares y cañones. ¡Lanzaos, vamos! Allanad infinitos umbrales, espumeando chispas, ciudadelas. Ser humano actor. Ensalzado. Inmortalidad.»

Thomas Woodrow Wilson y los principios de América

Pero ya estaba en camino desde América el presidente Woodrow Wilson, un hombre de sesenta y dos años. Viajaba en el buque de transporte *George Washington*, acompañado por el crucero acorazado *Pennsylvania* y cinco destructores. Se le esperaba el 13 de diciembre en Brest, donde nueve acorazados y treinta destructores americanos debían salir a su encuentro.

América tendía la mano a su confusa, convulsa y enferma tierra madre.

Fue en el año 1620, poco después del estallido de la Guerra de los Treinta Años, que aniquiló y despobló Europa, cuando unos puritanos ingleses tomaron la decisión de volver la espalda a ese continente, que sólo conocía la codicia y

la falta de libertad, y asentarse en las lejanas tierras vírgenes del otro lado del océano.

En noviembre de 1620, una tormenta empujó su barco, el *Mayflower*, hacia las costas de granito de Massachusetts. Una vez allí, sintieron la necesidad de redactar lo que querían en el llamado «Pacto del *Mayflower*», a saber «unirse ante Dios, y nada más que ante Dios, para determinados fines comunes».

Un mes después, el 23 de diciembre, fundaron la ciudad de Plymouth. En un contrato firmado por todos los padres peregrinos, establecieron que «reconocían leyes iguales para todos y exigían de cada uno sumisión a las leyes de la comunidad». Y aunque al principio todo fue difícil, quisieron tener presente la constante mejora de su sociedad.

Eran hombres adeptos a la fe cristiana. De ella venía su sentido de una vida responsable, para la que reclamaban completa independencia, y ningún poder del Estado podía perturbarlos en su ejercicio.

Los colonos de Plymouth entraron en contacto con otros colonos y firmaron con ellos algunos tratados de alianza. Las colonias se desarrollaron, y en el año 1754 forjaron el plan de unirse. Fue el gran Jefferson, cuya simple y pura voluntad ensombrece el triunfo de muchos héroes bélicos como el ala de un ángel ensombrece los abismos del infierno, el que redactó la declaración de las Colonias Unidas:

«El respeto que debemos a nuestro Gran Creador, el principio de humanidad, la voz del sentido común, tienen que convencer a todos de que el Gobierno ha sido instaurado para el bien de la humanidad y ha de ser regulado con vistas a ese objetivo.»

Nadie que lea estas palabras se atrevería a decir que las religiones aturden y que de ellas no puede surgir el más profundo orgullo humano.

Representantes de los trece Estados Unidos, descendientes de los ya enterrados padres peregrinos, proclamaron en 1776:

«Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos derechos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, cuyo poder legítimo deriva del consentimiento de los gobernados.»

De ese modo grandioso había brotado la semilla que Dios había sembrado hacía mil ochocientos años en Palestina, bajo la tiranía de los césares romanos. En el siglo XIX, quedaría en manos de un filósofo alemán enseñar que el Cristianismo había iniciado una sublevación de esclavos y desfiguraba el rostro de la humanidad, y que sólo la «bestia rubia» podía salvarnos.

En cambio, la declaración americana comenzaba, orgullosa: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la libertad, ordenamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América».

Más tarde, no toleraron que una parte se separara de ellos. Uno de sus grandes presidentes, Andrew Jackson, dirigió en 1832 una declaración a Carolina del Sur: «La Constitución de los Estados Unidos ha instaurado un Gobierno y no una Liga. Es un Gobierno en el que el pueblo entero está organizado, que actúa directamente sobre el pueblo y no sobre los distintos Estados. Ningún Estado tiene derecho a separarse.

Decir que cualquiera puede separarse equivale a afirmar que los Estados Unidos no son una nación».

Así que Lincoln defendió la unidad.

Woodrow Wilson era de sangre escocesa e irlandesa. Su abuelo había venido de Inglaterra a principios del siglo XIX y se había asentado en los territorios de la joven democracia, que reconocía que todos los hombres tenían en sí la fuerza para entender todas las leyes divinas y el orden del que ellos mismos eran parte. El abuelo del presidente Wilson, asentado en Filadelfia y Pittsburg, fue nombrado juez. Era propietario de una imprenta y un periódico. Su hijo se hizo pastor, y el hijo de éste fue Woodrow, que cuando era estudiante escribió sobre Pitt, el inglés que organizó la resistencia contra el moderno tirano derrochador de las energías de su pueblo, Napoleón. Woodrow Wilson se convirtió en presidente de la Universidad de Princeton, que prefirió abandonar antes que aceptar los doce millones que le ofrecían si renunciaba a su reforma de la enseñanza. Como gobernador del estado de Nueva Jersey, fue un severo depurador de las costumbres políticas. Finalmente, fue elegido presidente de la república.

Cuando, el 5 de junio de 1914, se inauguró en Annapolis una escuela naval, dijo a los jóvenes: «Cuando contemplo nuestra bandera, me parece que las bandas blancas son las tiras de pergamino en las que están escritos los Derechos Humanos, y las rojas en cambio representan los ríos de sangre que nos han costado. Por último, en ese trocito de firmamento se ven las estrellas de los Estados que forman los Estados Unidos. Ahí tenemos, desplegada, la carta que nos legaron aquellos hombres que un día declararon en Runnymede: “Nos negamos a reconocer señores. Queremos formar un pueblo y conquistar nuestra propia libertad”».

El pueblo fue arrastrado a la guerra europea de 1914-

1918. Los alemanes habían desarrollado una nueva arma, el submarino, y hundían todo lo que se cruzaba en su camino.

Toparon con los Estados Unidos.

En Baltimore, Wilson alzó su voz:

«Sólo hay una respuesta para el desafío de Alemania: la fuerza, la fuerza hasta el final, la fuerza sin restricciones y sin límites. La energía que tiene dignidad triunfará, la energía que, a partir del Derecho, crea la Ley universal y hace morder el polvo a todos los Gobiernos egoístas.

»¿Pueden una potencia militar o un grupo de naciones decidir el destino de los pueblos, sobre los que no tienen otro derecho que la fuerza? ¿Es que las naciones poderosas van a poder someter a las débiles? ¿Deben los pueblos seguir soportando la voluntad de otros, sin poder hacer valer su propia voz? ¿Se hará realidad un ideal común para todos los pueblos, o el poderoso podrá seguir actuando como quiera y atormentar impune a los débiles? ¿Se pueden dejar arbitrariamente a un lado las exigencias del Derecho, o deben tener vigencia los acuerdos que impongan la obligación del Derecho?»

El Día de la Independencia de 1918, el presidente peregrinó a la tumba de Washington, en Mount Vernon; en los campos de batalla de Francia yacían ya diez mil cadáveres americanos: «Luchamos por la aniquilación de todo poder arbitrario. No aceptaremos una solución indefinida».

Esa misma mañana, en París, los vencedores americanos de Cantigny desfilaron ante el monumento a Washington en la Place de Iéna. Con su paso elástico, siguieron hasta la Place de la Concorde y saludaron a la estatua que representa a la ciudad de Estrasburgo.

La guerra había terminado. Se había alcanzado un objetivo: las potencias centrales habían sido batidas. Los herede-

ros de los padres peregrinos habían hecho su contribución para quebrar la tiranía en Europa. Ahora, el presidente viajaba en el *George Washington*: el barco llevaba a Europa la fuerza de sus hijos.

Había que acabar con las perversidades del viejo continente. Europa yacía cansada y desgarrada. Se aproximaba el embajador de la honestidad, de la conciencia, representante del país que no era «un hecho geográfico, sino un hecho moral».

Woodrow Wilson era consciente de la magnitud de su misión.

Era un hombre solitario, introvertido. Sentía que Dios le había encargado una pesada carga. Estaba decidido a llevarla. En el barco, dijo a sus acompañantes:

«Si ahora no manejamos con cuidado los poderes que la humanidad ha puesto en nuestras manos, quedaremos a los ojos de todos como los peores fracasados de la historia universal, por nuestra propia culpa y merecidamente.»

En su alma vivía el año 1620, que echó de Europa a los orgullosos padres peregrinos; en su alma vivían los trescientos años de ininterrumpido crecimiento libre de la humanidad americana, los principios de Jefferson y Lincoln, los muertos de su país que había tenido que arrojar a las fauces del Moloch de Europa.

Un temblor nervioso se había apoderado de la mitad izquierda de su rostro. Sus ojos se hundían a terrible profundidad detrás de los cristales de sus gafas.

Pero Wilson no sabía aún lo que le esperaba en Europa.

Cuestiones privadas

Pequeñas historias y una canción de amor sin palabras.

Interiores de Berlín

Una mujer entrada en años se sienta en su cuarto en Berlín-Gesundbrunnen y escribe junto a la ventana, porque hay poca luz, una carta a su padre, que hace mucho que ha muerto. Desde hace varios años, desde que le va mal, la mujer se ha acostumbrado a charlar mentalmente con su padre. Hace ya días que incluso ha empezado a escribirle en secreto; guarda las cartas con meticulosa pulcritud en un cajón especial de la cómoda.

En ocasiones, escribe y llora a la vez, hasta que deja el lápiz en el alféizar y se seca los ojos.

«Me he peleado con mi hermana Emma. Mi hermana tiene una hija que tú no conoces; ahora tiene veinte años, y me lo ha contado todo. Tiene trato con el propietario de una fábrica, que quiere conseguirnos un puesto de trabajo a todos. Antes tenía relaciones con un fiscal que tenía un piso de cuatro dormitorios, Emma lo permitía. Ahora quiere retener consigo a su hija; mi marido está perplejo. Yo siempre he apoyado a mi hermana, pero también tenía en mucha estima a mi sobrina. A mi marido lo despidieron porque no hay tra-

bajo, recibe un subsidio, pero cuando sale a sellar la cartilla y se queda fuera cinco minutos más, yo me siento acabada. Mi sobrina lleva dos años en tratos con chicos, y en su casa en Sanssouci vive el propietario de la fábrica que va a conseguirnos un trabajo a todos, la chiquilla no miente, y el charol es bueno. Quizás el hombre se haya enterado por otros de que Emma cuenta cosas malas de él, y eso le repele. ¿Es que esta chica es anormal? Emma nos vuelve locos a todos.»



Un hombre era maestro en un colegio privado. Tenía dos hijos. Él y su esposa no eran jóvenes, el colegio iba mal, y le revisaban el sueldo una y otra vez; la familia no podía vivir de él. Un día salió un puesto en la oficina de previsión municipal, él lo leyó en el boletín del ayuntamiento y se lo dio a leer a su mujer. Ella dijo que no podía hacerlo, no había estudiado nada, la rechazarían. Entonces él dijo que, si se negaba a intentarlo, lo haría él. Y ella le dio todo lo que quiso, sus vestidos, su abrigo y un sombrero, le maquilló ella misma y le puso las cosas que a ella le sentaban bien. Él tenía un rostro joven y delicado, nunca llevaba bigote, y si quería podía hablar como una mujer, muchas veces había hecho bromas al respecto.

Cuando llegó, arreglado, limpio y modesto al ayuntamiento, ya había varias otras esperando, pero fue admitido y presentó los papeles de su esposa. Hablaron, porque no tenía más papeles, de puestos de trabajo anteriores y cosas por el estilo. Él aguantó, informó valerosamente. Luchaba y pensaba: si una mujer puede, yo también.

Pero entonces entró otro funcionario, un superior, probablemente, miró los papeles y contempló a la mujer. Lleva

unos zapatos tan grandes. Porque, como los zapatos de su mujer no le valían al marido, llevaba sus propios zapatos. Entonces los dos funcionarios cuchichearon entre ellos y pidieron a la candidata que se sentara y se quitara el sombrero.

Pero ella no podía hacer tal cosa, no quería y no pensaba hacerlo. Sin embargo, ellos no cedieron, y él preguntó qué les importaba a ellos su peinado. Los funcionarios desconfiaron todavía más, insistieron, y cuando la candidata echó mano a sus papeles y se fue, enviaron tras ella a un policía que, aún en el edificio, le quitó el sombrero, momento en el que «la candidata» lo confesó todo.

El hombre se fue a casa. Le habían anunciado una demanda por estafa. Quería tirarse al río, porque ahora también iba a perder su puesto en el colegio privado.

Pero la mujer fue a sus espaldas a ver al director, y se lo confesó todo; de modo que él pudo quedarse. Quizá, dijo el amable caballero, también la oficina de previsión lo disimule todo, dadas las circunstancias.

Hilde en Berlín

Hilde hizo como si sólo quisiera cruzar el puente para visitar a unos conocidos en Kehl. El puente estaba vigilado, pero la dejaron pasar con su maletín para dar un paseo.

★ ★ ★

Y ahora viajaba por la confundida Alemania, inundada de soldados retornados; las ciudades se alzaban intactas y pacíficas, y en las casas las personas pasaban frío y hambre, de modo que salían a veces a la calle con cánticos y banderas.

Hilde lloraba en silencio en un rincón de su compartimento. Volvía a estar sentada y a viajar, como al principio de la guerra. ¿Es que aquello no iba a tener fin?

La imagen de Bernhard, un ser que se retorció, tendía la mano hacia ella, temblaba como una llama y se extinguía, se alzó en su interior. Hilde se estremeció y se mordió los labios.



Vivía en Berlín, en un pequeño hotel junto a la estación de Anhalt.

La ciudad gigantesca, gris y turbia le era desconocida. No sabía qué iba a ocurrir.

La tarde del primer día se apoderó de ella una excitación temerosa. La tensión duró toda la noche y todo el día siguiente, y no cedió hasta pasada una espesa noche, en la que durmió como paralizada.

No sabía que, aquella primera tarde, Bernhard pedía ayuda en la habitación de la señora Scharrel y moría durante la noche.

Durante dos días, persiguió las tinieblas que aquel acto lejano arrojaba sobre ella, aquella pobre alma atormentada que tendía la mano hacia ella... Hasta que se encontró delante de la iglesia de Santa Hedwig. Pensó que había llegado allí por azar, para contemplar construcciones históricas. Entró, rezó e imploró. Se purificó y tranquilizó. Las calles y museos de Berlín eran grandiosas, pero qué significaban al lado de un edificio sagrado en el que ella se arrodillaba como un ser perdido, primero delante del crucifijo y luego, largo tiempo, ante la imagen de María. La liturgia, que anunciaba la verdad, ronroneaba. Luego, rugió el cántico: «Te alabamos, Gran Dios».

Era la tarde del 6 de diciembre, la hora en que las masas salían de las Salas Germania y Sophie a la Chauseestrasse y la Invalidenstrasse, y quinientos disparos se hundían en ellas... Mientras tanto, ella se iba a su hotel por la pacífica Königgrätzer Strasse; entraba en la oscura habitación, que enseguida le hizo sentir que pronto sería la suya.

Porque ahora iba a dejar sus cosas, a extender sobre la mesa un pliego de cartas que sacó de su cartera y a escribir a un hombre cuya dirección llevaba consigo, en un bloc de recetas del hospital militar.

Escribió. Y, mientras escribía, tenía junto a ella todo lo que la había llevado a esa ciudad y la había guiado por sus calles.



A la mañana siguiente, salió a un Berlín cambiado. Recorrió su camino con paso suave y seguro.

Becker había regresado del hospital militar y caminaba tranquilamente por la calle, apoyado en su bastón.

Llevaba su abrigo de soldado gris. Ella le reconoció por detrás. Las lágrimas inundaron a sus ojos.

Cuando pudo dominarse, lo alcanzó y le tocó el brazo derecho. Luego lo cogió. Él vaciló, como si estuviera viendo una aparición. Su carta no le había llegado.

Hilde le cogió el bastón. No hablaron hasta llegar delante de su casa.

Ella le guió escaleras arriba, siempre en silencio. Al llegar a la puerta con la placa «Becker», él quiso llamar. Hilde le contuvo, lo abrazó y le besó en ambas mejillas. Él tenía una sonrisa inmóvil. Ella bajó las escaleras.

Becker estaba delante de la puerta de su casa.

Abrió. La madre trabajaba en la cocina. Podía deslizarse hasta su cuarto. Se sentó, tal como estaba, sin quitarse siquiera el abrigo.

La madre lo encontró allí con el abrigo y la gorra puestos. Entrelazó las manos. Becker habló mientras ella le ayudaba a acostarse.

La madre:

—¿Y tú, Friedrich, no te alegras?

—Es curioso. Tienes razón. En realidad tendría que alegrarme. Pero, ¿por qué no lo hago?

—Así es como eres, Friedrich. La has dejado marcharse de ese modo.

Durante la comida (él comía despacio, con una nube en torno a su cabeza), vino el cartero con la carta de Hilde. La madre se la leyó en voz alta.

Pero Friedrich estaba ya en las nubes. El «demonio», su «demonio», como él lo llamaba, se acercaba. Pronto se puso en pie, con el pretexto de que estaba cansado. Ya sentía el rostro rígido, veía las cosas como detrás de una niebla: reconocía ese síntoma, pero tenía que darse prisa a llegar a su cuarto para que su madre no advirtiera lo que estaba ocurriéndole.

En cuanto estuvo en su cama y su madre lo hubo recostado, el demonio lo envolvió.

Becker sentía su cuerpo, el lecho debajo de él, veía el techo de la habitación. Pero estaba tocado y hechizado por la vara del demonio. Yacía presa de una tensión terrible; todos los pensamientos le habían sido arrebatados, no llegaba a nada. La lámpara no era lámpara, el libro no era libro, la madre no era madre.

Yacía desvalido. Podía respirar, y a veces, no demasiado a menudo, parpadear, tragar. No hizo ningún esfuerzo por salir de aquel estado de hierática petrificación. La cabeza de la Gorgona lo miraba.

La madre se sentaba, temerosa, a su lado. Él quería decirle que lo dejara en paz, pero sus labios no se abrían. Su tormento, su espanto, crecía por momentos: tarde o temprano, la habitación podía reventar con un estampido.

Por fin... cedió. El demonio se apartó, los párpados de Becker se volvieron pesados, su rostro blando, su nuca entró en calor.

El cansancio llegó. A medida que todos los objetos volvían a acercarse y empezaban a hablar, la oscuridad cayó sobre él. Sus ojos se cerraron.



Su madre estaba sentada a su lado cuando despertó. Él se animó enseguida, todo había pasado.

—Tenías un rostro tan feliz mientras dormías, Friedrich, como un niño el día antes de Navidad.

—¿Lo tenía, madre?

—Esta tarde vendrá a visitarte la enfermera Hilde. En su carta dice que a las cuatro, si te viene bien. ¿La dejo pasar?

—Claro.

—¿Quién es, en realidad? ¿La vi cuando estuve allí, en julio?

—Es posible, quizá la vieras...

—¿Y te cuidó bien? ¿Se ocupó de ti?

—De mí, de Maus, de todos nosotros. No era enfermera de planta, sino de vendajes. Venía a cambiarnos los vendajes, a lavar las heridas y a otras pequeñeces que hacían un daño horrible.

Se incorporó.

—Tienes que saber, madre, cómo son las cosas en un hospital militar, probablemente en cualquier hospital. Quien está allí tumbado y enfermo puede sentirse bien de dos maneras: una, porque pierda su nombre, su privacidad, su individualidad. Estás tumbado en la cama y eres sólo una enfermedad. Eres una fractura de cráneo, un tiro en el vientre, una fractura de pelvis. Eso sienta bien. En el hospital, unos jóvenes médicos ayudantes me contaron que la medicina moderna da valor a la idea de ocuparse de la persona en su conjunto. No considero esto ningún beneficio. Que me ahorren ser una persona completa. Tú estás tumbado como un número entre compañeros a los que no les va mejor que a ti. Y te tratan con simple objetividad. La mirada del médico jefe te sobrevuela. Tú sabes que él conoce el desarrollo de tu dolencia. Y tú estás insertado en el curso de la enfermedad, que es igual para todos y que él conoce bien.

—Eso no es bonito.

—La segunda... es completamente distinta. Uno está tendido en la cama, y por allí andan personas sanas. No son malos curadores, como se hacen llamar a sí mismos. Son sencillamente personas sanas, portadoras de salud, seres envidiados. A veces no se trata más que de un gato que sale de la cocina y se tumba al sol debajo de la ventana, o junto a la calefacción... o de un ramo de flores recién cortadas. Pero, especialmente, se trata de personas. Cuando son médicos o enfermeras, uno está allí tumbado y acecha la parte de salud, de fuerza, que ellos ceden. Uno se convierte en un simple vampiro. Los venera, los envidia, los ama. De ellos emana un constante aliento de vida y de fuerza.

—¿Así era Hilde?

—Te he contado un curioso capítulo de mi existencia hospitalaria. Uno cree que simplemente hace de enfermo, de

médico o de enfermera. Pero un secreto lazo espiritual nos une. Muchos médicos y enfermeras lo intuyen en cuando entran en las salas de los enfermos. Eso es lo que les empuja, creo yo, a la medicina. La mayoría sólo se da cuenta después de dar vueltas entre las camas. En eso los métodos curativos sólo tienen una importancia indirecta. Los médicos nos venden una esquinita de su cerebro, de su conocimiento, pero nosotros necesitamos más, cogemos más.

—Háblame de ella.

—Debe rondar los veinte años. Creo que su padre era funcionario en la oficina de obras de la catedral de Estrasburgo. Hilde es de Estrasburgo.

—¿Y qué más?

Becker sacudió nostálgico la cabeza:

—Nada más. Quizás haya venido para trabajar aquí. No sé nada.

Gioconda

Los tres estaban sentados en el salón. Hilde se quitó su abrigo azul oscuro; llevaba su vestido de lino a rayas azules y blancas, y encima un delantal blanco, un ancho cuello blanco, cerrado por delante con un broche redondo. La pequeña cofia en el pelo peinado con raya en medio era más un adorno que un tocado.

Hilde dijo que tenía pensado trabajar en un hospital de la reserva:

—Pero primero quería verle, teniente, en cuanto llegara a Berlín. Por aquel entonces, nos dio usted muchas preocupaciones y muchas alegrías. Y ahora se mueve sin que nadie le acompañe.

Hablaron del padre de Hilde.

—¿No teme dejar solo a su padre?

—Oh, él es fuerte, mucho más fuerte que la mayoría de las personas que conozco.

Estaba sentada con las manos en el regazo y los ojos bajos. Cuando encontró a Bernhard, antes de la guerra, se había alzado en ella una persona, una distinta se alzó mientras trabajaba en el frente y en los hospitales militares, y ahora ella se hundía en su suelo materno, en una dulzura adolescente.

—Qué dulce es —dijo la madre cuando se hubo ido—. Qué sonrisa Gioconda, Mona Lisa.

—¿Falsa como la Gioconda?

La madre:

—La Gioconda no es falsa, es tan falsa... como lo es la mujer.

Rieron a gusto juntos.

—A eso lo llamo yo una confesión, madre. Y lo dices tan pacífica y amigablemente. La Gioconda es la crueldad despiadada, la crueldad en sí misma, que sonrío a su víctima. Pero tú no eres así, madre.

—Una madre no es falsa.

Becker se acarició la mandíbula:

—Lo que hay de misterioso e impersonal en ella ya me había llamado la atención antes.

Ya no pensaba en la aparición que le había acompañado escaleras arriba desde la calle, sino en la dulce Hilde, en la felicidad que se había arrojado sobre él en el hospital militar.

La madre se quedó mirándolo:

—Me has contado que os cuidaba a ambos, a ti y a Maus. ¿Cómo se comportaba Maus con ella? ¿Te envidiaba por ella?

Becker:

—Él la amaba. Yo pensaba que ella también a él. Es un hombre tan fuerte, tan recto. Entonces vino a verme, el día antes de que se desmantelara el hospital militar. Yo aún yacía desvalido.

—Así que fue a verte.

—No se lo he contado a Maus. Él no lo entendería. La quiere tanto. Y yo tampoco creo que ella vaya en serio conmigo... la verdad es que no sé qué pensar.

La madre cruzó los brazos y miró hacia la ventana:

—Sigues siendo mi Friedrich de siempre. Vuelves locas a las chicas, y a ti no te preocupan demasiado. Ahora ella viene a verte. Tal vez incluso haya venido desde Alsacia sólo por ti.

—Espero que no.

—¿Sientes... algo por ella?

—No algo como Maus. No. Para mí representa una fuerza, una cierta influencia que hace cambiar algo en mí. Alguna vez voy a ver a Krug sólo para preguntarle si no habría que registrar físicamente esas cosas. En una ocasión, me contó algo acerca del cambio del clima en la Tierra que se producía bajo no sé qué lejana influencia astronómica. Algo así pienso yo cuando se me acerca. Registro el cambio de la atmósfera en mí... como una «sensación». Quizá también haga surgir nuevas plantas y animales en mí.

—Eso es terrible, Friedrich. No puedes estar hablando en serio.

El rostro de Friedrich seguía estando inquietantemente flaco. A la madre se le pasó por la cabeza: qué curiosa es la inclinación por él de esa chica joven y floreciente. Becker señaló sonriente la habitación a su alrededor:

—Así ocurre una vez detrás de otra. Primero me entierro en mi interior y hurgo en mí con un puñal, hasta que mi alma queda forjada y endurecida. Luego... deajo caer el puñal, saco

mis viejos bustos, retiro la cortina que cubre mis libros. Y entonces viene un pájaro desde el bosque, y se posa a mis pies.

—Nada de pájaro, Friedrich. Y nada de a tus pies.

—¿Crees de veras que en mi corazón? Durante la guerra, dimos vacaciones a nuestro Yo. ¿Habrán pasado las vacaciones de mi Yo?



Su madre corrió las cortinas, encendió la luz, le arregló el sofá.

Él se tendió de costado, sosteniendo un libro. Ella bordaba, sentada a la mesa.

Becker se entregó a la sensación de bienestar que de pronto le había acometido.

Así es el mundo, fundido en un molde de espacio y tiempo. Se ha puesto el tiempo y el espacio como un abrigo, se ha subido la capucha y sigue su camino.

Pero, aunque camine millones de años, no se aleja de su origen.

El mundo es un bumerán, una pelota en manos de un niño. La pelota está sujeta a una goma, el niño la lanza, vuela por el espacio, pero enseguida vuelve a su mano.

Pero no es la mano de un niño la que nos arroja.

Y, cuando despertó en mitad de la noche, él había soñado, y los pensamientos que recordaba eran los últimos eslabones de una cadena que el sueño había vuelto a llevarse consigo.

Y se encontró delante de la frase: «es un mundo de hijos», una frase hacia la que alzó la vista como si mirara la cumbre nevada de una lejana montaña.

Raíces del amor

Hilde estaba radiante aquella mañana. La madre la dejó sola con Friedrich. Los ojos de la madre decían, desde la puerta: «Qué dulce es. Qué sonrisa Gioconda».

Él contempló a Hilde. Ella es paisaje, colinas, río, campo de espigas en sazón, lago. Qué palabras tendría que encontrar para mencionarla. Qué aludes caen sobre mí desde esos rubios cabellos.

Una persona en ella quería posar una mano sobre la boca de él. Otra persona hizo que esa mano se deslizara por su nuca y se quedara allí. Ella recogió las palabras que salían de su boca, respirando hondo como la abeja reina cuando acepta la comida seleccionada que ponen ante ella.

Oía con muchos oídos, hablaba con muchas voces. Él estaba sentado en el sofá junto a ella, le sostenía la mano y la miraba. Sí, tenía una expresión suave y dulce, un completo hechizo.

Y cuando ella se acercó a él y sus rostros casi se tocaron, hubo muchas cosas que resonaron dentro de ella y la volvieron fuerte y auténtica.

Estaban los ratitos robados en el jardín de su tía, con su primo; llovía, se habían refugiado bajo la pérgola, habían estado jugando cuando debían haber entrado en casa, «¿qué años tenía yo, doce o trece?, él catorce, nos besamos, hacía mucho que me amaba, o yo era quizás algo mayor, y entonces la tía nos llamó y, como no contestábamos, vino con el paraguas.

»Y luego el profesor de dibujo, el joven sustituto, aquello fue peligroso. Era un principiante como yo, aunque era diez años mayor. Durante una excursión al Hohkönigsburg, nos apartamos del grupo y nos perdimos, pero ya sabíamos

lo que queríamos, sólo que no exactamente, los dos habíamos leído mucho, y él era pintor y conocía el cuerpo humano. Y así, mientras los otros seguían subiendo y no se daban cuenta de que faltábamos, pudo fácilmente ocurrirnos mucho de lo que habíamos leído. Lo sentía él y lo sentía yo, y por eso corríamos, en parte para hacerlo y en parte para no hacerlo. Y de pronto uno sujetaba con fuerza las manos del otro. Ocurrió tan rápida y tan naturalmente como si uno no fuera más que el espejo del otro... Y las bocas se acercaron como cuando uno se acerca a la superficie del agua. Y los labios se encontraron, pero eran otros labios, y los brazos enlazaron el cuello del otro, y el rostro del uno estaba tan ardiente como el del otro, y eso era mucho y era infinitamente mucho y más suficiente. Abajo me temblaban las rodillas, y corríamos, yo delante, hasta que llegamos al camino, donde llamé y los otros respondieron e hicieron señas desde arriba.»

Y luego Hilde volvió a hundirse en la época en la que tenía que proteger a su hermano pequeño, que ya no vivía, había muerto a los cinco años, y ella tenía ocho, y él tenía un rostro bueno y lleno de esperanza.

Y entonces, con sus ojos a un palmo de sus ojos, ella examinó a Becker, su expresión, su cabeza, su cabello, sus oídos. Porque se había anunciado en ella una época más antigua aún, y de ella salía, como de una cueva en el bosque, la madre vigilante, la cierva, y observaba a los machos que saltaban a su alrededor. Quiero construir sobre ti, quieres ayudarme a construir mi nido. Me protegerás cuando vengan los cachorros, quiero que seas el padre de mis hijos, así te quiero.

Cuando cerró los ojos y absorbió la imagen de él, vio un hermoso y rico paisaje, no sabía dónde estaba; la lluvia había cesado, había niebla en las colinas, se veía un cielo ilu-

minado, y en medio de la hermosa y blanda bruma que se pegaba al suelo empezaban a jugar los colores de un arcoíris.

★ ★ ★

Cuando ya iba a irse, Becker dijo:

—Hoy viene Maus a verme.

—¿Aún os veis a menudo, Friedrich?

—Somos amigos. Me contó cosas tuyas durante el viaje.

De cómo te quiere.

—¿Qué te contó?

—Se atormenta. Te echa de menos.

—¿Por qué se agobia de ese modo?

Si hubiera sido otra, una persona anterior, habría dirigido los ojos hacia Becker, temerosos o cruelmente lascivos. Pero ahora era esta Hilde, y lo de Maus lo había hecho y sufrido otro ser, con el que vivía bajo un mismo techo.

Ella le puso las manos en los hombros, sacudió la cabeza, las comisuras de sus labios temblaron mientras sus ojos miraban los de él:

—Lo que pasó con Maus no debe importarte nada, Friedrich. Hay que poner fin a muchas cosas si se quiere vivir.

★ ★ ★

Cuando bajó por la escalera, Becker estaba sentado ante su escritorio y volvía a acordarse de su propia expresión de las «vacaciones del Yo» finalizadas.

«En qué aventura me estoy metiendo. ¿Qué bloque de roca voy a subir ahora? En realidad, la guerra era fácil. Deseaba la paz, la verdadera paz, y la quiero, y mientras uno sea persona

no debe dejar que nada le impida buscarla. Y entonces me viene esto y quiere hacerme descarrilar. Voy a ser puesto a prueba. ¿Qué poder me la envía, uno bueno o uno perverso?»

Miró a su alrededor en la habitación. «Menos mal que he vuelto a colocar los bustos y he quitado la cortina que cubría la estantería. Ahí están, Sofocles, Kant, y los libros de nombres orgullosos. No han cedido a lo largo de los siglos en el combate por lo humano, lo divino. Nosotros hemos sido rechazados una y otra vez. Ellos han retomado la lucha una y otra vez.

»¿Quién es esa Hilde que me busca?»



Pero, mientras estaba allí sentado, temblando por dentro, y volvía a pensar en Hilde, la aparición de ensueño que se había unido a él en la calle, todavía no sabía hasta qué punto habían terminado sus vacaciones del Yo.

No sólo iba a poner fin a la paz de su Yo, sino a ese Yo mismo.

Abajo, ella recorría lentamente la calle. Allí le había encontrado, exactamente como esperaba. Él caminaba delante de ella. Ella le alcanzó y luego lo cogió del brazo.

Se llevó al rostro el ramo de flores que la madre de Becker le había dado.

Ya no hay vacaciones para el Yo

Ardiente dolor de amor. Se busca consuelo en una asamblea popular. Los oradores beben cerveza y hablan mierda. Cuando la necesidad es grande, tampoco los clásicos ayudan.

El desdeñado, en su infierno

Maus se presentó antes de la cena.

Fue hacia Becker y le abrazó:

–He hablado con ella, hace una hora. Buscaba nuestra casa en la calle. Me lo ha contado todo. Nos sentamos en un gran café vacío en la Bayrische Platz, completamente solos. Yo estaba feliz. Soy dichoso, Becker, puedes creerme. Puedo entender muy bien que te ame.

–Muchacho... –murmuró confundido Becker.

–He llorado un poquito, la emoción y la alegría de que me perdone, ya sabes. No me guarda rencor por nada. Me alegro de que sea tuya.

Sacó del bolsillo de la chaqueta una cajita de chapa y se la puso en la mano a Becker:

–Para ti. Te traerá suerte. La llevé durante la guerra.

La cajita de metal no se abrió, ambos rieron. Por fin Maus, presa de una temblorosa excitación, sacó su navaja:

–Hay que tratarla como a una ostra –deslizó la hoja en

una rendija, separó con esfuerzo ambas placas y puso cara de asombro. Luego estalló en una risa juvenil—: No hay nada dentro. La he llevado encima durante toda la guerra, y cuando me hirieron pensé que llevaría un animalito de la suerte, un pequeño elefante de marfil. No hay nada dentro. Y quería regalártela, sabía que acabaría regalándotela.

Rieron y rieron.

Becker:

—Bueno, ¿y cómo es que estás vivo?

Maus:

—¿Verdad? Sin motivo alguno.

Becker miró la chapa vacía:

—Me la quedaré, si me lo permites. Esta caja vacía dice: no debes adorar dioses ajenos.

Se sentaron.

Maus:

—¿Estuvo aquí arriba?

—Naturalmente.

—Es estupenda, ¿verdad? Demasiado buena para mí, ¿no crees? En menos de diez minutos sentado a su lado me di cuenta: todo lo que yo pensaba era absurdo. A su lado, habría sido como un niño pequeño.

El labio inferior de Maus temblaba. Se levantó con rapidez, fue hacia la ventana. Se quedó allí un rato, en silencio. Por fin dio una patada en el suelo, rechinó los dientes y volvió junto a Becker, chasqueando la lengua, con pasos muy firmes. Se sentó, erguido ante su amigo.

Maus empezó a hablar de los incidentes del 6 de diciembre y de «la Cosa», su compañero. Estaba en el hospital, gravemente herido. Le había jurado seguir en la causa, pero ese juramento era superfluo, iba a seguir comprometido de todos modos. Le preguntó a Becker si se sentía lo bastante

fuerte como para oír algo fuera, en asambleas o charlas privadas.

—Ya sabes lo que opino de la política, Maus.

—Así no llegarás muy lejos, Becker. E incluso si tienes razón, tu punto de vista no sirve para nada. Así no es posible. No puedo soportar saber que estás sentado aquí. Si estás enfermo, es distinto. Pero que digas que no...

—¿Por qué te atormenta eso, Maus?

—Porque se te necesita. Ahora se necesita a cada persona, y más a una como tú. Has dado tu sangre ahí fuera. Nos lo debemos a nosotros y a los muertos... Tú conoces a esos pobres desgraciados que cayeron. ¿Por qué? Desde luego, no para volver a las viejas infamias. Nosotros somos sus herederos, sus albaceas. La muerte de millones de personas tiene que tener un resultado, consecuencias. Nosotros, los que hemos salido con vida, somos los más próximos a la hora de sacar consecuencias. Y tienes que ver cómo trabajan los otros para que no haya consecuencias. Tendrías que verlos donde mi padre. Cuando veo a esos viejos y fríos canallas conspirar, podría matarlos a todos. Y sería lo mejor, matarlos a todos. No habrá paz hasta que no estén todos muertos. Seguirán haciendo sus canalladas, harán matar a tiros en la calle a gente pacífica que sólo quiere protestar..., ¡si ni siquiera llevan armas! Esto no es vida para una persona.

—¿Qué quieres que haga yo?

Maus le acarició la mano:

—No quiero que te obligues..., si no puedes andar, dí-melo.

—¿Qué quieres que haga?

—Ven conmigo a una asamblea. Quiero que veas a algunas personas in situ. Te será fácil formarte una opinión.

Asamblea popular en la cervecería Bötzwow

—¿Adónde me llevas, Mefisto mío? —preguntó por la tarde Becker a su amigo. Bajaron del coche de punto delante de la cervecería Bötzwow.

—A una gran asamblea.

Maus ayudó a su amigo a abrirse paso por entre el tumulto de la entrada. Un montón de guardias llamó su atención. Pagaron su contribución a los gastos, se abrieron paso por entre una doble fila de repartidores de panfletos, cada uno con un cartel con el eslogan de su partido.

—Mercado anual —susurró Becker.

—Ven, rápido.

Se sentaron en la atiborrada sala, iluminada desde el techo por lámparas de arco. Un humo espeso se alzaba sobre las cabezas de la multitud. La gente estaba sentada a las mesas, los camareros llevaban cervezas, algunos hombres con brazaletes trataban de mantener despejados los pasillos. Delante había un pequeño escenario, probablemente para representaciones de aficionados; allí, en torno a una mesa con una gran campanilla, una botella de agua y varias jarras de cerveza, algunos hombres formaban un pequeño grupo arremolinándose alrededor de un hombre más joven que estaba sentado y tenía unos papeles delante.

Aquellos caballeros se sentaron. Uno de ellos sacudió la campanilla. La asamblea popular dio comienzo.

Maus preguntó a Becker:

—Quizá deberíamos haber traído un cojín.

Becker:

—Habría sido mejor. Pero esto no durará eternamente.

Por las puertas laterales, abiertas de par en par, seguía entrando gente, y mientras tanto la densa y sombría masa

seguía sentada, con los rostros vueltos hacia el pequeño escenario, y esperaba las palabras que pudieran iluminarla: buscaban, ansiosos, a alguien a quien poder seguir. Un orador tras otro se fueron mostrando detrás de la mesa con la botella de agua y las jarras de cerveza. Se revelaron como hombres honestos, o como gandules, o como perros viejos. Aquellos tipos, cuyas palabras apuntaba el del extremo de la mesa, empezaron a hablar. Lo que bebían era cerveza; lo que decían, puro estiércol.

Primero el presidente, que había agitado la campanilla para dar comienzo a la sesión, anunció algo, que resultó incomprendible debido a su oxidada voz. La asamblea no se escandalizó por eso. Revolvía en lo ofrecido como pollos entre la basura, picoteaba sus frasecitas, despreciaba lo demás.

El presidente llevaba una larga levita negra y tenía un rostro rojo y acalorado de ojos saltones. El hombre sin duda sufría de asma. Era difícil decir cuántos litros de cerveza diarios pasaban por aquel tonel. Así que tal vez hubiera conseguido alcanzar cierto grado de prestigio y dignidad, despertar confianza: nadie dudaba de que por eso estaba allí.

Dio la palabra a su vecino, un joven rechoncho de cabello espeso y rubio como el pan, que lucía un rotundo bigote. Sabía hablar. Hablaba alto, pero no claro. Conforme las palabras salían de su garganta y de su boca y rodaban, tonantes, por la sala hasta alcanzar sus últimos rincones, uno se veía metido en el conocido carrusel en el que el conejillo de indias corre, corre, se desespera y se lanza sin moverse del sitio. Finalmente, el animal se rinde, estira las cuatro patas y espera el final.

—Desde siempre —afirmaba, amenazaba y atronaba el rubio rechoncho, ante el que, probablemente en señal de desprecio, habían empujado la botella de agua, cuyo cuello él

utilizaba para agarrarse con su corta mano, como si fuera a tirársela al público—, desde siempre el pueblo alemán ha tenido la voluntad de gobernarse a sí mismo. Pero esa voluntad ha sido asfixiada, ni siquiera ha llegado a poder manifestarse. Esa voluntad fue amordazada y silenciada. Y especialmente desde la fundación del Imperio, desde 1870, el Estado autoritario monárquico y militarista se ha propuesto reprimirla.

Describió muy por extenso cómo había ocurrido tal cosa, empleando muchas notas y ejemplos.

—Tras el oprobioso derrumbamiento de ese Estado autoritario, la voluntad del pueblo de regirse a sí mismo se ha abierto paso con la furia de los elementos, y ahora se propone crear una república popular.

Escuchaban a aquel individuo, que ofrecía su ensalada de palabras, con la muda resignación del visitante de un mercado que deja vagar la mirada sobre los cestos y constata: hoy no tienen nada. No había nadie en la sala que no supiera, y que no lo pensara al oír las palabras del tipo rubio de arriba, que era el americano Wilson el que había exigido en sus catorce puntos la eliminación del régimen autoritario, y que sin la aceptación de esos puntos no habría podido alcanzarse ningún armisticio, ninguna terminación de la guerra, y que por eso incluso los ministros y generales habían apremiado al emperador a irse, y por eso la opinión pública había estado largas semanas ocupada en ello, aunque nunca se había hablado de una elemental voluntad alemana de gobernarse a sí misma que ahora se hubiera abierto paso.

Ahora él empezaba a hablar del emperador y de su Estado autoritario y de cómo Guillermo se había comportado de forma desafiante y había representado su papel como si estuviera participando en una obra de teatro.

—¡Un mono! —gritó alguien delante. Aquello gustó.

Hubo risas, el orador las recibió como si se debieran a su ocurrencia.

—El ejército radiante, la lealtad de los Nibelungos, ¡puro teatro!

El de delante gritó:

—Ese hombre tendría que haber sido actor —y con eso cayó en declive, eso era repetirse.

—Con qué debilidad se comportó Lehmann en el asunto del *Daily Telegraph* —cerraron las orejas, la mayoría no sabía qué podía ser eso, pero reforzó tanto más su confianza en aquel hombre el hecho de que no se entregase a explicaciones.

—El canciller Bülow, el del perrito faldero, aunque cómplice él mismo, presentó una reclamación al emperador, y este se la guardó y se puso de morros un rato en Postdam —fue agradable oír aquello. El tipo no era malo.

—¿Qué han sido los cancilleres después de Bismarck, desde Caprivi hasta Hertling, Michaelis, Bethmann-Hollweg? Puras mediocridades.

En medio de la sala, desde una mesa, un hombre que había estado cuchicheando con su vecino gritó a voz en cuello, con el bastón entre las piernas:

—Si no eran más que puras mediocridades y el emperador semejante mono, ¿por qué no los habéis echado?

Muchos se volvieron a mirar. El orador retomó la palabra, mantenía su tono comedido:

—Me gustaría devolver la recomendación a quien pregunta. ¿Por qué no lo echó usted? Usted también estaba vivo entonces. ¿O todavía no era más que un embrión?

Carcajada estruendosa.

—El que pregunta hubiera debido intentar ir con su bastón contra la policía prusiana.

El hombre de la sala:

—Lo hicimos. Pero vosotros, burgueses y socialistas, os quedasteis en un rincón.

El orador:

—No voy a dejarme arrastrar a la vieja disputa de por qué actuamos así y no así. Por ejemplo, estoy lejos de querer valorar la postura de los socialdemócratas respecto de los créditos de guerra. Pero nadie discutirá que tuvo en cuenta las circunstancias —alzó la voz, sonó iracunda—: ¿A qué vienen estas disputas? ¿Es que no vamos a dejar descansar la vieja disputa entre el pueblo alemán? ¿También ahora, cuando tenemos por delante una tarea asertiva, la instauración de una república alemana democrática, vamos a desgarrarnos entre nosotros? ¿Es eso construir? En ese caso, pronto llegará el momento en que nos cruzaremos de brazos y diremos: los alemanes no somos capaces de conseguirlo solos. Tenemos que soportar la fatalidad, y los aliados, que tan sólo están esperando la ocasión, tendrán que invadirnos y, para nuestra vergüenza, poner orden en nuestra propia casa.

Una vez convencido de la resonancia de su ira, cambió de tema y levantó un papel en alto:

—Un estado autoritario exteriormente resplandeciente, pero podrido en su interior. La burguesía era sana y fuerte. Rechazó antes, y también ahora, experimentos que ponían en peligro la alimentación del pueblo y la economía.

Aún siguió hablando largo tiempo, para llegar a la necesidad de una Asamblea Nacional y un centro fuerte. La masa, burgueses, gentes pequeñas, muchas mujeres, escuchaba. El pueblo de los pollos rascaba, picoteaba y buscaba una frase, una esperanza.

El presidente tuvo que pedir que se abstuvieran de fumar. Una mujer, que ya llevaba rato quejándose, gritó a la sala:

—El tabaco de hoy en día es miserable. ¿No podían los hombres dejar de fumarlo cuando estén con otras personas?

Risas, pero también un múltiple «no» proveniente de fumadores convencidos. Detrás, abrieron las ventanas.

El rubio rechoncho había puesto fin a su discurso. Finalmente, tuvo que soltar la botella de agua, y detrás de esa misma botella de agua, que aún no había sido arrojada a la sala, se situó un hombre gruñón, que sufría de angustia, con la nariz corta y gafas. No tenía mucho pelo. Era alto y no podía mirar al público, por las inhibiciones que fuere. A veces, por medio de una rápida mirada, se cercioraba de que el público aún estaba allí, pero enseguida volvía a bajar los ojos hacia sus manos, hacia el tablero de la mesa.

Era difícil decir por qué habían llevado a aquel hombre allí. Pero la masa era paciente y quería quedar satisfecha.

Hablaba de manera instruida, deprisa y con voz nasal. Pronto se oyeron gritos de: «más alto». La gente empezó a charlar, de manera que el presidente sacó aún más sus ojos saltones, que parecían hechos para lanzar miradas iracundas, y tocó la campanilla. El instruido de voz nasal continuó.

Hasta donde era posible oírle, se trataba de la constatación de la «verdadera naturaleza del parlamentarismo» y de cómo se comportaba el parlamentarismo, de manera teórica y práctica, respecto de la monarquía, la autocracia, la oligarquía y la dictadura, en qué Estados había representado y seguía representando un papel y por qué, y qué papel podía, o debía y debería, representar en la actual o futura república alemana... Siempre, naturalmente, que no hubiera interferencias.

En el discurso aparecían y desaparecían frases hechas, como nubes que pasaban y se disolvían. Varias veces se pudo oír que «la democracia parlamentaria era una categoría histórica».

Con su cautela habitual, Maus había ubicado a su amigo en una mesa junto a la salida. Llevaban ya sentados una hora. En ese momento, Maus recibió de Becker la mirada que estaba esperando. Fuera, en el pasillo, había mucha gente. Se miraban fijamente unos a otros. Delante del portal estaban los repartidores de octavillas, que fumaban y discutían en un grupo.

Becker y Maus cruzaron el dique.

Conversación en la pastelería

Se sentaron en el vacío salón delantero de una pastelería. En los bancos de los salones traseros se abrazaban parejas de enamorados. Los dos amigos tomaron té muy caliente.

Maus:

—¿Te has cansado mucho?

Becker:

—Mi querido Mefisto, ¿adónde me has llevado?

Maus:

—Así son todos. Los hay también muy eruditos. ¡La diferencia es que los unos dicen lo que sale en los periódicos, y los otros lo que viene en los libros!

—¿Y el público, la masa?

Maus, que tenía un aspecto sombrío, aun a pesar de sus rojas mejillas, respiró hondo y dejó caer los hombros:

—Esta noche tienen lugar en Berlín docenas de asambleas como ésta, quizá tres sólo en este barrio, y en el fondo son todas iguales: oradores y oyentes. Quieren oír novedades, no quieren hacer nada. Si hay tiros, saldrán corriendo.

—Eso lo hacen todos los desarmados, querido Maus. Y con razón.

—Tampoco quieren armarse. Pero tienen que hacerlo. ¡Tienen que hacerlo a toda costa! Esto no admite retraso. Y ellos se sientan ahí y parlotean.

—Explícame, Maus, por qué esto no admite retraso.

Maus acercó su silla a la de Becker:

—Estoy en toda clase de organizaciones, también en las siniestras. Algunas hacen como si quisieran vigilar casas, y entonces hay armas para propietarios e inquilinos; luego las hay que juegan a la camaradería y la defensa de intereses, y otras que quieren enviar gente al campo, se supone que a trabajos agrícolas, y además la gente del Este, en Zossen y Döberitz. Y por último, ahora desfilan los regimientos de la guardia.

—Hindenburg se ha puesto a disposición del Gobierno.

—Espera entrar aquí para golpear.

—¿Y Ebert?

—Un cero a la izquierda. Nadie confía en él, y probablemente le toman el pelo. Al menos en astucia y decisión los otros son muy superiores a los trabajadores y burgueses que has visto en esa sala. En un momento dado, caerán sobre la masa como un trueno, y me gustaría saber qué quedará entonces de todos esos hermosos sueños, Asamblea Nacional y demás. Aquí, en Alemania, siempre han imperado las bandas. Una vez que el emperador se ha ido, otro querrá su sitio.

—Hoy estás muy cortante, Maus. Venenoso, a decir verdad.

—Sigo siendo una maleta con doble fondo. No deben creer que lo único que tienen delante es ganado. Tendrías que oír a qué extremos de cinismo llegan.

Becker contempló a su amigo, que nunca había hablado con tanta amargura. Pero en él mismo se agitaba una lejana inquietud, un extraño temor, un vértigo.

Maus:

—Durante la guerra, no se atrevieron a asomar la nariz. Ahí no había partidos, sólo había alemanes. Ahora dejan caer la máscara. Todo aquello no era más que arena en los ojos, para que lleváramos los fusiles por ellos.

—¿De dónde has sacado ese odio, Maus?

—El viernes recorriamos sin armas la Chauseestrasse. Estaban esperándonos con ametralladoras, dispararon y se fueron. Eso es un crimen premeditado. Para ellos no somos personas. Son bandidos que se han hecho con la patria. No tengo nada en común con ellos. No tengo patria... Heiberg dice lo mismo. Nos hemos entendido bien, aunque recorreremos caminos distintos. El mayor me llevó a su despacho para enrolarme. Allí me presentó a Heiberg. Nos conocíamos fugazmente. Me contaron que fue él quien mató a dos soldados cuando atacaron al coronel el 10 de noviembre. Dimos un paseo juntos. Tiene la misma edad que yo. Está en un campamento, y quiere salir de Alemania. Dice que ya está harto. No debes creer que es porque tiene miedo. Todo esto le repugna. Los oficiales, todo le repugna. No quiere dejarse matar por ellos. Ni tampoco por Guillermo, en Holanda.

Pausa. Maus:

—Al hablarle de los trabajadores, se encogió de hombros. Le falta corazón. Le dije que debía echar un vistazo. Que no era necesario salir corriendo hacia Polonia. Pero él estaba decidido, y dijo que no. Que todo era lo mismo. A los proletarios se les puede hacer felices con unos céntimos más de salario. Qué están haciendo. Ahora dejarán entrar a las tropas con los generales, y sus consejos de soldados tendrán que servir de tontos útiles. En las fábricas se dejan untar por los empresarios. Y nunca ha habido tantos matuteros y man-gantes como ahora.

Y, sin levantar la vista de la mesa, Maus siguió presionando a Becker:

—Me gustaría saber qué opinas. Piénsalo bien: ¿vamos a tener paz si los cínicos, que nos miran como una posesión suya, como su propiedad hereditaria, vuelven a estar arriba? Tú sabes que de ahí no saldrá más que guerra y crimen, y otra vez guerra y crimen. Y, si te quedas quieto, si te quedas al margen, si te quedas al margen, te haces cómplice.

Maus tenía intención de plantear una pregunta concreta a Becker. Entonces se dio cuenta de que llevaba rato soltando un monólogo.

Becker estaba inquietantemente pálido, recostado con los ojos muy abiertos y fijos. Parecía inconsciente.

Maus se sobresaltó. Puso la mano encima del brazo de su amigo. Entonces, en torno a la boca de Becker se inició un movimiento inseguro, un temblor. Sus labios se apretaron como los de un niño que hace pucheros y va a echarse a llorar. Sus ojos vidriosos se movieron. Maus le habló.

Becker respiró hondo, miró a su alrededor, reconoció a su amigo y asintió. Dijo que ya llevaban bastante tiempo sentados, y se incorporó de inmediato. Maus le acompañó en coche a casa. En la puerta, se dieron la mano.

Maus:

—Mañana pasaré a preguntar por ti, amigo mío.

¿Dónde obtener ayuda?

La lámpara de gas arde. Es noche cerrada. La casa, sin ruido.

Está sentado en su silla. Muy al fondo, se celebra la asamblea. Los oradores están en el estrado como animales en una jaula: se dejan mirar.

¿Qué había pasado? Ya estaba más seguro. Su alegría había vuelto a aparecer. Tan sólo había ido con Maus a la asamblea para disfrutar de su recuperada salud.

Pero aquella turbia masa humana en la sala... La peculiar excitación, que olía a guerra y desgracia.

El ciego de guerra al que presentaron. Los jóvenes con muletas. Y ese joven Maus, totalmente cambiado.

¿Y yo? ¿Qué hago yo? Juego al teatro de preguerra. Los empuja a todos. A mí no.

Han llamado dos veces a mi puerta: primero Hilde, luego Maus. Mis piernas podían moverse. Ahora, mi interior no se mueve.

Becker se levanta. La estantería. Lee los títulos, los nombres: Sófocles, Dante, Kant. Un miedo oscuro se agita en el fondo.

¿Dónde obtener ayuda? ¿Dónde obtener ayuda? Los libros son mudos. Los grandes espíritus muestran el abismo, ¿quién lo cruza? Esa inquietud, esa confusión..., miedo físico. Ese bullicio en el interior, como si el pecho fuera un caldero de agua en torno al cual arden las llamas. ¿A quién dirigirme? Mi cerebro es una masa rígida. No tengo cerebro. Tengo una piedra en el cráneo. Esto no es humano. Tiene que ser mi demonio, que ha vuelto a poseerme. Pero no puedo vivir con él. Si quiere tenerme, debe tenerme por entero.

Gimiendo, Becker se tumba en su cama.

Delante de su espíritu aparece, en cuanto se tumba, la sala llena de humo, la turbia masa humana. Maus habla y muestra un rostro espantoso. Qué máscara se pone. Luego aparecen otras imágenes.

Estas imágenes son al principio grises e inmóviles como fotografías. Luego se ponen en movimiento. Y es como si todo estuviera ocurriendo en ese instante, y siempre es lo mismo.

La esquina de una calle en la que unos reservistas rodean una columna publicitaria y leen proclamas. Se marchan asintiendo con la cabeza, despacio, con una pesada carga sobre los hombros. Al cabo de un rato vuelven a estar en la misma esquina, en torno a la columna, leen los llamamientos, salen de allí al trote.

Luego, una plaza. Desfilan uno tras otro. Van hacia un tren.

No es posible borrar las imágenes. Los soldados están ahí: leen, desfilan, no dicen nada.

Cuando Becker se levanta de la cama y gime ruidosamente, le parece como si Hilde entrara en el cuarto, tranquila, con flores en su mano. Él quiere entregarle su corazón, pero no lo consigue. No puede levantar su corazón. Su corazón también es un bloque de granito.

Becker piensa: no puedo vivir así. Y se oye a sí mismo decir: «Paz, amable paz. Tú me revelarás tu rostro».

La paz no es amable. Es terriblemente pesada. La guerra era diez veces más ligera.